

## PRELUDIO

### «¡La lucha!»

En agosto de 1880, John Swinton (1829-1901), influyente periodista estadounidense de ideas progresistas,<sup>1</sup> que estaba de visita en Europa, se trasladó hasta Ramsgate, una pequeña localidad balnearia de Kent, situada a pocos kilómetros del extremo sudoriental de Inglaterra. El objeto de su viaje era hacer una entrevista que pensaba publicar en *The Sun*, el periódico que dirigía y al mismo tiempo uno de los más vendidos de Estados Unidos, a uno de los principales exponentes del movimiento obrero internacional: Karl Marx.

Alemán de nacimiento, Marx se había convertido en apátrida tras ser expulsado de sus respectivos territorios por los gobiernos de Francia, Bélgica y Prusia, que habían conseguido derrotar los movimientos revolucionarios surgidos en sus países entre 1848 y 1849. Cuando en 1874 solicitó en Inglaterra un certificado de naturalización, le fue denegado porque un informe especial del departamento de investigación de Scotland Yard lo había etiquetado de «famoso agitador alemán [...] que propugna los principios comunistas, [...] y que] no ha sido leal ni a su rey ni a su país».<sup>2</sup>

Corresponsal del *New-York Tribune* durante más de una década, en 1867 publicó una exhaustiva crítica del modo de producción capitalista, y a lo largo de ocho años, a partir de 1864, Marx se convirtió en el principal guía teórico de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Su nombre había aparecido en las páginas de los periódicos de mayor difusión de Europa, aunque en 1871, tras defender la Comuna de París en su obra *La guerra civil en Francia*, la prensa más reaccionaria le otorgó el título de «doctor del terror rojo».<sup>3</sup>

En el verano de 1880, Marx se encontraba en Ramsgate con su familia, obligado por los médicos a «no hacer nada»<sup>4</sup> y a «curar mis nervios mediante el *far niente*».<sup>5</sup>

El estado de salud de su esposa era peor que el suyo. Jenny von Westphalen (1814-1881) estaba enferma de cáncer; su estado «empeoró súbitamente de una enfermedad que padecía hace ya mucho tiempo, de tal manera que se temió un fatal desenlace».<sup>6</sup> Ese fue el contexto en el que Swinton, que durante toda la década de 1860 había sido redactor jefe del *New York Times*, conoció personalmente a Marx y llegó a esbozar un perfil comprensivo, profundo y minucioso del personaje.

En el plano personal, lo describió como un «hombre de sesenta años, de cabeza grande, facciones generosas, cortés y amable, con [una] hirsuta mata de cabellos grises largos y rebeldes», que conocía «el arte de ser abuelo tan bien como Victor Hugo».<sup>7</sup> Añadió que el modo de conversar de Marx, «muy libre, arrollador, creativo y auténtico», le recordó al de Sócrates «por su tono irónico, sus destellos de humor y su alegría juguetona». Se percató también de que era una persona «sin deseos de fama u ostentación, al que nada importan las fanfarronadas de la vida o las pretensiones de poder».<sup>8</sup>

No obstante, en la entrevista aparecida el 6 de octubre de 1880 en la primera página de *The Sun*, Swinton presentó a los lectores estadounidenses sobre todo al Marx público. A su juicio, era «uno de los hombres más extraordinarios de estos tiempos, que ha desempeñado un papel enigmático, pero poderosísimo, en la política revolucionaria de los últimos cuarenta años». Decía de él:

No tiene prisa y no sabe lo que es el descanso. Es un hombre de mente poderosa, amplia y elevada; siempre empeñado en llevar a cabo proyectos ambiciosos, en utilizar métodos lógicos y conseguir objetivos prácticos. Ha sido y sigue siendo el inspirador de muchos de los terremotos que han convulsionado naciones y destruido tronos. Más que cualquier otro hombre amenaza y atemoriza hoy día a las testas coronadas y a los más redomados charlatanes de Europa.<sup>9</sup>

La entrevista con Marx generó en el periodista neoyorquino la convicción de que se encontraba ante un hombre «profundamente inmerso en su época, y que desde el Nevá hasta el Sena, desde los Urales hasta los Pirineos, su mano está empeñada en preparar el advenimiento de una nueva era». Marx le causó impresión porque era capaz de hacer un «repaso del mundo europeo país por país, poniendo de manifiesto sus peculiaridades, sus evoluciones y personalidades, tanto las que actúan en la superficie como las que operan por debajo de ella».<sup>10</sup> Lo entretuvo hablándole

de las fuerzas políticas y de los movimientos populares de las diversas naciones de Europa: de la amplia corriente del espíritu ruso, de los movimientos de la mente alemana, del activismo de Francia, del inmovilismo inglés. Estaba lleno de esperanzas en lo tocante a Rusia, se mostró filosófico hablando de Alemania, alegre cuando hizo referencia a Francia y sombrío respecto a Inglaterra, refiriéndose despectivamente a las «reformas atomistas» con las que los liberales del Parlamento británico pasan el tiempo.<sup>11</sup>

Swinton quedó sorprendido también por los conocimientos de Marx acerca de Estados Unidos. Lo consideró «un observador atento de la actividad norteamericana» y calificó de «sumamente sugestivas [...] sus sugerencias acerca de algunas de las fuerzas constituyentes y sustanciales de la vida americana».

La jornada transcurrió en medio de una sucesión de apasionadas discusiones. Por la tarde, Marx «propuso salir a dar un paseo [...] por la playa», para poder reunirse allí con su familia, que Swinton describe como «un delicioso grupo de una decena de personas más o menos».

Al atardecer, se quedaron haciendo compañía a ambos los yernos de Marx, Charles Longuet (1839-1903) y Paul Lafargue (1842-1911): «Hablamos del mundo, del hombre, de nuestro tiempo y de las ideas, mientras las [...] copas tintineaban con el mar al fondo».<sup>12</sup>

En uno de esos momentos fue cuando el periodista estadounidense, pensando en «las incertidumbres y los tormentos de la época actual y de las anteriores», impresionado por las palabras oídas e

«inmerso en la profundidad del lenguaje escuchado», se decidió a preguntar al gran hombre que tenía ante sí cuál era «la ley última del ser humano». De ese modo, durante un momento de silencio, «interrumpí al revolucionario y filósofo a un tiempo planteándole esa fatídica pregunta: “¿Cuál es?”». Por un instante, tuvo la sensación de que la mente de Marx «se revolvía sobre sí misma [...], mientras escuchaba el mar embravecido y observaba a la multitud que no paraba de moverse por la playa. “¿Cuál es esa ley?”, le había preguntado». Tras dirigir de nuevo la mirada a Swinton, Marx, «en un tono profundo y solemne, respondió: “¡La lucha!”».<sup>13</sup>